

respiración tan corta, dura y penosa que M<sup>me</sup> Forestier todo asustada hizo que se despertase á Duroy, que acababa de acostarse, para rogarle que fuese á buscar al médico.

Casi inmediateamente se presentó Duroy con el doctor Gavaut, el cual prescribió un brevaje é hizo algunas recomendaciones, pero como el periodista le acompañara al marcharse á fin de preguntarle su opinión :

— Es la agonía, dijo el médico. Mañana por la mañana habrá muerto. Prevenga Vd. á esta pobre señora y haga que llamen á un sacerdote. No tengo ya nada que hacer, si bien estoy enteramente á disposición de Vds.

Duroy hizo que llamasen á M<sup>me</sup> Forestier :

— Carlos va á morir. El médico aconseja que se llame á un sacerdote. ¿ Qué piensa Vd. hacer ?

Magdalena vaciló bastante tiempo, y después de haber calculado todo, dijo con voz lenta :

— Sí, eso vale más... bajo muchos conceptos... Voy á prepararle y á decirle que el cura desea verle... En fin, no se qué decirle. Usted sería muy amable yendo Vd. mismo á buscar el cura y cuidando de elegir uno que no nos haga demasiados dengues. Procure que se contente con la confesión y nos deje por todo lo demás tranquilos.

El joven llevó un viejo y complaciente eclesiástico que se prestó á aquella situación, y así que entró donde estaba el agonizante, M<sup>me</sup> Forestier salió y se sentó con Duroy en la pieza inmediata.

— Esto le ha trastornado, dijo ella. Apenas le he hablado de un sacerdote, su semblante ha tomado una expresión de espanto como... como si hubiera sentido... un soplo... ¿ Vd. sabe?... Ha comprendido que todo concluía y que era necesario contar las horas.

Mientras decía esto M<sup>me</sup> Forestier estaba sumamente pálida :

— Nunca olvidaré, continuó, la expresión de su semblante. Seguramente, en ese momento, ha visto la muerte, la ha visto...

La voz del eclesiástico llegaba hasta ellos y, como hablaba un poco alto porque era algo sordo, le oían decir :

— No, no, Vd. no se encuentra tan mal como supone. Está Vd. enfermo, eso sí, pero de ningún modo en peligro. Y la prueba es que yo vengo á visitarle en calidad de amigo, como vecino suyo.

Magdalena y Duroy no oyeron lo que respondió Forestier. El anciano volvió á decir :

— No, no le haré á Vd. tomar la comunión, ya hablaremos de eso cuando esté Vd. mejor. Si quiere aprovecharse de mi visita para confesarse, por ejemplo, tendré mucho gusto en ello. Soy un pastor y cuantas ocasiones se me presentan para conducir á mis ovejas por el buen camino, lo hago.

Un largo silencio siguió á estas palabras. Forestier debía de hablar entonces con su voz jadeante y sin timbre.

El sacerdote pronunció de pronto con tono diferente, con un tono de oficiente en el altar :

— La misericordia de Dios es infinita, hijo mio. Recite Vd. el *Confiteor*. Acaso lo ha olvidado Vd., yo le ayudaré. Repita conmigo : *Confiteor Deo omnipotenti... Beate Mariæ semper virgini...*

De tiempo en tiempo se detenía para permitir al moribundo que le alcanzase, y luego le dijo :

— Bueno, ahora confiécese Vd....

La joven y Duroy no se removían siquiera, sobreco-



gidos por una turbación particular, emocionados de aquella espera ansiosa.

El enfermo había dicho algo que obligó al sacerdote á repetir:

— ¿Ha tenido Vd. complacencias culpables?... ¿de qué naturaleza, hijo mío?

La joven se levantó y dijo sencillamente:

— Bajemos un poco al jardín. No es conveniente que escuchemos sus secretos.

Y juntos se sentaron sobre un banco que había delante de la puerta, por bajo de un rosal ya florido y detrás de una canastilla de claveles que esparcía en el aire puro su perfume intenso y suave.

Pasados unos cuantos minutos de silencio preguntó Duroy:

— ¿Tardará Vd. mucho en volver á Paris?

— ¡Oh! no, respondió ella. Así que todo haya terminado me volveré.

— ¿Únos diez días?

— Sí, todo lo más.

Y volvió á preguntar Duroy:

— ¿No tiene pariente ninguno?

— Ninguno, salvo algunos primos. Su padre y su madre murieron cuando él era todavía muy joven.

Los dos contemplaban en aquel momento á una mariposa que de clavel en clavel libaba su vida y se trasladaba de uno á otro con una rápida palpitación de las alas. Cuando el insecto se posaba sobre la flor, las alas continuaban latiendo lentamente.

Madame Forestier y Duroy permanecieron largo tiempo silenciosos, y así que el doméstico fué á prevenirles que el señor cura había concluido, los dos subieron juntos.

Forestier parecía haber enflaquecido desde la víspera. El sacerdote le tenía cogida la mano:

— Hasta la vista, hijo mío, mañana por la mañana volveré á verle.

Y salió.

En seguida que el sacerdote se fué, el moribundo, intentó jadeante levantar las dos manos hacia su mujer y tartamudeó:

— Sálvame... Sálvame... querida mía... yo no quiero morir... no quiero morir... ¡Oh! Sálvame... Decidme lo que es preciso hacer, id á buscar al médico... Tomaré lo que se me diga... Yo no quiero... yo no quiero...

El moribundo lloraba. De sus ojos se desprendieron gruesas lágrimas que se deslizaban por las descarnadas mejillas y los delgados ángulos de su boca se plegaban como los de los niños cuando lloriquean.

Sus manos, que habían vuelto á caer sobre la cama, comenzaron entonces un movimiento continuo, lento y regular como para recoger alguna cosa de encima de las sábanas.

Su mujer, que comenzaba también á llorar, balbuceaba:

— Pero hombre, no, eso no es nada. Una simple crisis, de la que mañana estarás mejor, ayer te has fatigado con el paseo.

El aliento de Forestier era más rápido que el de un perro que acabara de correr, y de tan acelerado y débil como era no podía contarse ni se percibía apenas.

— Yo no quiero morir, repetía siempre. ¡Oh, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Qué me va á suceder? ¡Dios mío! Ya no veré nada... nada... jamás... ¡Oh! Dios mío!

Delante de sí miraba algo de invisible para los demás, algo repugnante que se reflejaba en sus ojos espantados



Sus dos manos continuaban siempre su horrible y fatigoso movimiento.

Un temblor brusco estremeció de repente el cuerpo del moribundo, recorriendo todos los miembros, de un extremo á otro :

— ¡El cementerio!... ¡Oh! Dios mío! articuló Forestier.

Y no habló más, permaneciendo inmóvil, huraño, sin aliento.

El tiempo pasaba, habían sonado las doce del día en el reloj de un convento cercano y Duroy salió de la habitación para comer algo, volviendo una hora más tarde. M<sup>me</sup> Forestier se negó á tomar nada y continuaba allí sentada al pie de la cama del agonizante, que en todo aquel tiempo no había siquiera respirado.

Lo único que hacía era arrastrar sus dedos descarnados sobre la sábana como si quisiera llevársela hacia la cara.

Duroy tomó otra butaca, se sentó al lado de M<sup>me</sup> Forestier y ambos esperaron sin hablar una palabra.

Una enfermera enviada por el médico dormitaba cerca del balcón. Duroy por su parte comenzaba también á adormecerse, pero de pronto experimentó una sensación extraña y abrió los ojos, justamente á tiempo de ver á Forestier cerrar los suyos como dos luces que se apagan. Un ligero hipo agitó la garganta del moribundo y dos hilillos de sangre aparecieron en los extremos de su boca corriéndose luego á lo largo de la camisa. Las manos habían cesado su horroroso paseo. Forestier había dejado de respirar.

Su mujer comprendió, lanzó una especie de grito y cayó sobre las rodillas sollozando, apoyada la cabeza en la sábana. Jorge, sorprendido y asustado, hizo maquinalmente la señal de la cruz y la enfermera, que se había

despertado, se acercó á la cama y dijo al momento :

— No vive ya.

Duroy que recobraba su sangre fría, suspiró como quien se libra de una angustia

— Esto ha sido menos largo de lo que creía.

Disipado que fué el primer asombro y vertidas las primeras lágrimas, fué preciso ocuparse de todos esos detalles y diligencias que reclama un cadáver.

Duroy corrió de una á otra parte toda la tarde, y cuando ya de noche volvió á la casa, tenía hambre.

También M<sup>me</sup> Forestier comió un poco y ambos se instalaron uego en la cámara mortuoria para velar al muerto. Sobre la mesa de noche lucían dos velas junto á un plato en el que se había puesto con un poco de agua una rama de sensitiva, pues no fué posible encontrar la rama de boj que se usa en tales casos.





El joven y M<sup>me</sup> Forestier se hallaban solos junto al que ya no existía, y permanecían sin hablar entregados á sus meditaciones y mirando el cuerpo inanimado de Carlos.

Pero Jorge, á quien le inquietaba la sombra cerca de aquel cadáver, le contemplaba con obstinación y sus ojos como su espíritu, que se dirigían como solicitados y fascinados por aquel rostro descarnado al que la luz vacilante hacía aún aparecer más hueco, permanecían fijos en él. ¡Era su amigo, Carlos Forestier, que, todavía ayer, le hablaba! ¡Qué cosa tan extraña y espantosa era el fin de un ser! ¡Oh! Cómo se acordaba ahora de las palabras de Norberto de Varenne al sentirse frecuentado por el miedo á la muerte:

— « Jamás un solo ser vuelve. » Nacerían millones y millares de millones, iguales ó poco menos á él, con ojos, una nariz, una boca, un cráneo y dentro un pensamiento, pero sin que jamás aquel que estaba tendido en la cama volviese á aparecer.

Por espacio de algunos años había bebido, comido y reído, había esperado y amado como todo el mundo y todo había concluído para él, concluído para siempre. ¡Ah! ¡la vida! ¡unos cuantos días y luego nada! ¡Se nace, se crece, se es feliz, se espera, se muere! ¡Adiós, hombre ó mujer, tú no volverás ya á la tierra! Y sin embargo cada cual lleva en sí el deseo febril é irrealizable de la eternidad, cada cual es una especie de universo en el universo y todos se anonadan bien pronto y completamente en el estercolero de los nuevos gérmenes. Las plantas, los animales, los hombres, las estrellas, los mundos, todo se anima; después muere para transformarse. ¡Y jamás uno de esos seres vuelve, ya sea hombre, insecto ó planeta! Sobre el alma de Duroy

pesaba un terror confuso, inmenso, aplanador, el miedo de esa nada sin límites, inevitable que destruye infinitamente todas las existencias tan rápidas y miserables; y encorbaba ya su frente influido bajo la amenaza. Pensaba en las moscas que viven algunas horas, en los animales que viven algunos días, en los hombres que viven algunos años, en las tierras que viven algunos siglos. ¿Qué diferencias existían, pues, entre los unos y otros? Unas cuantas auroras de más ó de menos, eso era todo.

Y volvió la vista á otro lado para no contemplar más el cadáver.

M<sup>me</sup> Forestier con la cabeza baja parecía también soñar con cosas dolorosas. Sus cabellos rubios resultaban tan hermosos sobre su semblante triste que una dulce sensación, como el ligero contacto de una esperanza, pasó por el corazón del joven. ¿Por qué desolarse cuando todavía se presentaban algunos años por delante de él? Y se puso á contemplarla. Ella no le veía perdida en sus meditaciones. « He aquí, sin embargo, se decía Duroy, la única cosa buena de la vida: el amor. Tener en sus brazos á la mujer amada. Este es el límite de la dicha humana. »

¡Qué fortuna había tenido el muerto al encontrar aquella compañera encantadora é inteligente! ¿Cómo se habían conocido? ¿Cómo había consentido ella en casarse con aquel muchacho mediocre y pobre? ¿Cómo había concluído por hacer de él alguien?

Entonces pensó en todos los misterios ocultos de las existencias y se acordó de cuanto se cuchicheaba á propósito del conde de Vaudrec que la había casado y dotado, se decía en voz baja.

¿Qué haría Magdalena en las presentes circunstancias?



¿Con quién se casaría? ¿Con un diputado, como pensaba M<sup>me</sup> de Marelle, ó con un muchacho de porvenir, un Forestier superior? ¿Tendría ya planes, proyectos, ideas resueltas? ¡Cuánto daría él por saberlo! Pero ¿por qué aquella preocupación respecto á lo que ella haría?

Él se lo preguntó y observó que toda su inquietud procedía de una de esas segundas intenciones confusas, secretas, que uno á sí mismo se oculta y que sólo se descubren profundizando en el fondo del yo.

Sí: ¿por qué no ensayaría aquella conquista? ¡Qué fuerte y qué temible llegaría él á ser unido á ella! ¡y qué pronto llegaría, seguramente, á donde le empujaban sus aspiraciones!

¿Por qué no había de conseguirlo? Conocía bien que la agradaba, que ella sentía por él algo más que simpatía, una de esas afecciones que hacen entre dos naturalezas semejantes y que participan tanto de una seducción recíproca como de una especie de complicidad muda.

Ella le sabía inteligente, resuelto, tenaz, por tanto, podía tener confianza en él.

¿No le había hecho ir á Cannes en aquella tan grave circunstancia? ¿Por qué le habría llamado si no fuera así? ¿No debía él ver en aquello una especie de preferencia, una especie de declaración, una especie de designación? Si había pensado en él, justamente en aquel momento en que iba á quedar viuda, ¿no pensó tal vez en el que á partir de entonces debía ser su compañero, su aliado?

Un deseo impaciente de saberlo, de interrogarla, de conocer sus intenciones se apoderó de Duroy. Debía partir á los dos días, no pudiendo continuar solo con

aquella joven, en aquella casa, y por lo tanto era necesario apresurarse á salir de la duda antes de partir para París, sorprender con habilidad y con delicadeza sus proyectos y no dejarle tiempo para volver sobre ellos, ceder acaso á las solicitudes de otro y comprometerse sin posibilidad de retroceder después.

El silencio de la habitación era profundo, sólo se oía el volante del péndulo que marcaba sobre la chimenea su tic-tac metálico y acompasado.

— Usted debe de estar bien fatigada, murmuró Duroy.

— Sí, respondió ella, pero más que nada me encuentro oprimida.

El ruido de su voz les asombró, pues sonaba extrañamente en aquel apartamento siniestro, y ambos miraron de pronto el semblante del muerto como si temiesen verle removerse al oírlos hablar como hacía unas cuantas horas antes.

— ¡Oh! para Vd. es un rudo golpe, prosiguió Duroy, y un cambio tan completo en su vida que resulta un verdadero trastorno en el corazón y en la existencia entera.

Magdalena respondió con un suspiro prolongado y profundo.

— Es tan triste para una mujer joven, continuó Duroy, encontrarse sola como Vd. se va á encontrar.

Después se calló y, como ella continuaba sin decir nada, Duroy balbuceó:

— En todo caso Vd. sabe el pacto establecido entre nosotros. Usted puede disponer de mí á su antojo. Yo la pertenezco.

La viuda le tendió la mano arrojando sobre él una de esas miradas melancólicas y dulces que en nosotros remueven hasta la médula de los huesos.



— Gracias. Es Vd. bueno, excelente. Si por mi parte pudiese yo hacer algo en obsequio suyo también le diría : Cuente Vd. conmigo.

Duroy había tomado su mano y la conservaba oprimiéndola con ardiente deseo de besarla. Por fin se decidió, y aproximándola lentamente á su boca mantuvo largo tiempo aquella piel fina, un tanto cálida, perfumada y calenturienta contra sus labios.

Luego, y así que comprendió que aquella caricia de amigo se iba haciendo demasiado larga, supo abandonar la pequeña mano que cayó blandamente sobre la rodilla de la joven.

— Sí, dijo ella gravemente, voy á encontrarme muy sola, pero me esforzaré por ser animosa.

Duroy no sabía cómo dejarla comprender que sería feliz casándose á su vez con ella. Evidentemente aquello no podía decirsele entonces, en aquel lugar, delante de aquel cuerpo; sin embargo, le parecía que podía encontrar una de esas frases ambiguas, convenientes y complicadas que encierran significados ocultos bajo las palabras y que expresan todo lo que se quiere decir por medio de reticencias calculadas.

Pero el cadáverle producía embarazo, aquel cadáver rígido, extendido delante de ellos y que sentía como si estuviese en medio de los dos. Por otra parte él creía percibir en el aire confinado de la habitación un olor sospechoso, un aliento podrido que procedía de aquel pecho en descomposición, el primer vaho que los pobres muertos acostados en su cama arrojan á los parientes que los velan, soplo horrible del que en seguida se infesta la caja hueca que les sirve de ataúd.

— ¿No convendría abrir un poco el balcón? preguntó Duroy. ¡Me parece que el aire está corrompido.

— Sí, respondió ella. Yo también acabo de notarlo.

Él se acercó al balcón y lo abrió. Toda la frescura perfumada de la noche entró instantáneamente en la habitación alterando la llama de las dos bujías encendidas cerca de la cama. La luna esparcía, como dos roches antes, su luz abundante y tranquila sobre las blancas paredes de las casitas y sobre la grande y luciente sábana del mar. Duroy, que respiraba aquella atmósfera á plenos pulmones, se sintió bruscamente asaltado de esperanzas, como fortalecido por el acceso tembloroso de la dicha que se acercaba.

— ¿Por qué no viene Vd. á tomar un poco el fresco? dijo Duroy volviéndose hacia ella. Hace un tiempo admirable.

Ella se acercó tranquilamente y se puso de codos en el balcón cerca de él.

Duroy murmuró entonces en voz baja :

— Escuche Vd. y comprenda bien esto que voy á decirle. No se indigne Vd. sobre todo de que la hable de semejante cosa en un momento como este, pero he de dejar á Vd. pasado mañana y cuando Vd. esté de vuelta en París acaso sería demasiado tarde... Yo no soy sino un pobre diablo sin fortuna y cuya posición está por hacer. Eso Vd. lo sabe. Pero tengo una voluntad firme, una regular inteligencia, se me figura, y me encuentro en camino, en muy buen camino. Cuando se trata de un hombre que ha llegado á una posición, se sabe lo que se toma, pero si se trata de un hombre que comienza, no se puede saber adónde llegará. Tanto peor si no triunfa, ó tanto mejor si lo logra. En fin, la he dicho un día en su casa que mi mayor dicha hubiera sido casarme con una mujer como Vd., y hoy se lo repito. No se apresure á responderme,



déjeme continuar. No es una declaración que la dirijo y que la ocasión y el lugar harían odiosa. Pero si me interesa no dejarla ignorar que puede hacerme dichoso con una sola palabra, que puede hacer de mí lo mismo un amigo fraternal, que un marido, á gusto suyo, y que mi corazón y todo yo la pertenecen. No quiero que me responda Vd. ahora, tampoco quiero que hablemos aquí de esto. Cuando nos volvamos á ver en París, Vd. me dirá lo que haya resuelto. Hasta entonces ni una palabra más ¿no es así?

Duroy había dicho todo esto sin mirarla y como si hubiese sembrado sus palabras en la noche que tenía delante. M<sup>me</sup> Forestier parecía como si nada hubiese entendido, tan inmóvil había permanecido todo ese tiempo mirando delante de ella, con la mirada fija y vaga en el pálido paisaje iluminado por la luna.

Largo tiempo permanecieron así el uno contra el otro, silenciosos y meditando.

Después dijo ella:

— Hace un poco frío.

Y volviéndose se dirigió hacia la cama. Duroy la siguió.

Pero cuando se acercó, echó de ver que Forestier comenzaba verdaderamente á oler y alejó un poco su butaca, pues no habría podido soportar largo tiempo aquel olor podrido.

— Será preciso ponerle en la caja mañana muy temprano.

— Sí, sí, está ya convenido. El carpintero vendrá hacia las ocho.

Y como Duroy dijo: «Pobre muchacho» suspirando, la joven á su vez lanzó un prolongado suspiro de resignación afligida.

Acostumbrados ya á la idea de aquella muerte, los dos le miraban con menos frecuencia, empezando á consentir mentalmente en aquella desaparición que, poco antes todavía, les sublevaba é indignaba, á ellos que eran igualmente mortales. Ya no hablaban más, ocupados en velar de una manera conveniente sin dormir. Pero hacia las doce de la noche Duroy comenzó el primero á adormecerse, y al despertar vió que M<sup>me</sup> Forestier dormitaba igualmente. Entonces tomó una postura más cómoda y cerró de nuevo los ojos refunfuñando:

— ¡Caramba! mejor está uno en sus sábanas.

Pasado un cierto tiempo un ruido repentino le hizo sobresaltarse.

Era la enfermera que entraba.

Ya era de día. La joven que se hallaba sentada en otra butaca, enfrente de él, pareció igualmente sorprendida. M<sup>me</sup> Forestier estaba un poco pálida, pero siempre hermosa, simpática, fresca á pesar de aquella noche pasada sobre un asiento.

Duroy se estremeció después de mirar el cadáver:

— ¡Oh! ¡qué barba!

En efecto, en unas cuantas horas había crecido sobre aquella carne que se descomponía, tanto como hubiera podido crecer en varios días en la cara de un vivo. Y los dos permanecían asustados ante aquella vida que continuaba sobre el muerto, lo mismo que si se hallasen delante de un horroroso prodigio, ó de una amenaza sobrenatural de resurrección, ó de una de esas cosas anormales y espantosas que trastornan y confunden la inteligencia.

Uno y otro se fueron en seguida á descansar hasta las once. Luego pusieron á Carlos en el ataúd, y después de esto se sintieron aligerados, tranquilos.



Cuando se sentaron para almorzar, uno enfrente de otro, despertóse en ambos un deseo de hablar de cosas más consoladoras y alegres, de entrar en la vida, toda vez que habían concluido con la muerte.

Por el balcón del comedor, abierto de par en par, entraba el suave calor de la primavera llevádoles el soplo perfumado de la canastilla florida de claveles que había delante de la puerta.

M<sup>me</sup> Forestier propuso á Duroy dar una vuelta por el jardín y caminaron despacito al rededor del pequeño césped, respirando con delicia el aire tibio impregnado del olor de los abetos y de los eucaliptos.

De pronto le habló ella, sin volver la cabeza hacia él, lo mismo que la noche anterior había hecho él en la habitación del muerto. Magdalena pronunciaba las palabras muy despacio y en voz baja y grave.

— Escuche Vd., mi buen amigo. Yo he reflexionado... ya... respecto á lo que Vd. me ha propuesto y no quiero dejarle partir sin responderle algo.

No he de decirle, por lo demás, ni sí, ni no. Esperaremos, nos veremos, nos conoceremos mejor. Reflexione Vd. mucho por su parte. No se deje arrastrar por un entusiasmo demasiado fácil. Ahora bien, si yo le hablo de esto aún antes de que este pobre Carlos haya bajado á su sepultura, es porque conviene, después de lo que Vd. me ha dicho, que sepa Vd. bien quién soy, á fin de no alimentar más tiempo su pensamiento si no es Vd. de un... de un... carácter capaz de comprenderme y soportarme.

« Compréndalo Vd. bien. El matrimonio para mí no es una cadena, sino una asociación. Yo me considero libre, absolutamente libre de mis actos, de mis ocupaciones, de mis salidas siempre. No podría tolerar ni

comprobación, ni celos, ni discusión siquiera acerca de mi conducta. Bien entendido, que yo me obligaría, naturalmente, á no comprometer jamás el nombre del que me hiciera su esposa y á no hacerle jamás odioso ó ridículo. Pero también sería necesario que ese hombre se comprometiera á ver en mí un ser igual á él, una aliada y no una inferior ni una esposa obediente y sumisa. Ya sé que mis ideas no son las ideas de todo el mundo, pero no cambiaré absolutamente. Eso es todo lo que tengo que decirle. Y también agregaré : No me responda Vd., sería inútil é inconveniente. Nos volveremos á ver y tal vez nos volveremos á hablar de esto más tarde. Ahora váyase Vd. á dar una vuelta. Yo me vuelvo junto á él. Hasta la noche.

Duroy la besó largamente la mano y se fué sin pronunciar una palabra.

Por la noche únicamente se vieron en la comida. Luego subieron á sus respectivas habitaciones, pues ambos se encontraban rendidos de fatiga.

Carlos Forestier fué enterrado al día siguiente, sin pompa ninguna, en el cementerio de Cannes, y Jorge Duroy tomó el tren rápido de París que pasa á la una y media.

M<sup>me</sup> Forestier le había acompañado hasta la estación. Mientras llegaba la hora de partir se pasearon tranquilamente por el andén hablando de cosas indiferentes, hasta que el tren llegó, un tren corto, un verdadero tren rápido que sólo tenía cinco vagones.

El periodista escogió su sitio y luego volvió á bajar para hablar todavía unos instantes con ella, sobrecogido repentinamente de tristeza, de pena, de un violento pesar de dejarla como si la fuese á perder para siempre.

Un empleado gritaba : « ¡ Marsella, Lyon, Paris, al



coche! » Duroy subió, luego se puso de codos sobre la ventanilla á fin de hablar todavía alguna palabra. La locomotora silbó y el tren se puso lentamente en marcha.

Jorge, con la cabeza fuera del vagón, miraba á la joven viuda, inmóvil en el andén y siguiéndole con la mirada.

Al ver que iba ya á perderla de vista, Duroy recogió con las dos manos un beso de su boca y le arrojó hacia ella.

La joven se le devolvió con un movimiento más discreto, vacilante, esbozado solamente.



## SEGUNDA PARTE

### I

Jorge Duroy había vuelto á sus antiguas costumbres.

Instalado ahora en el cuartito del piso bajo de la calle de Constantinopla, vivía prudentemente como hombre que prepara una existencia nueva. Hasta sus relaciones con

M<sup>me</sup> de Marelle habían tomado un cierto tono conyugal, como si Duroy quisiera ejercitarse de antemano para

el próximo acontecimiento, y su querida que se extrañaba con frecuencia de la tranquilidad ordenada en que vivían, solía decirle riendo :